

Dejad venir á mi los niños y no se lo estorbéis por que de ellos es el reino de los cielos.



LOS NIÑOS.

El amor entrañable
 Que tienes á los niños,
 Aunque no lo dijeras,
 Se conoce, Dios mio.
 ¿De dónde ha de venirles
 Sino de tí, el hechizo
 Con que del mundo entero
 Se roban el cariño?
 Derramas en sus frentes
 El prodigioso rio
 De tu gracia divina
 En el santo bautismo.
 Les envías un ángel,
 Que es su primer amigo,
 Para que haga las veces
 De tu amor infinito.

Y el hombre mas adusto
 Sonriese festivo
 Y respira dulzura
 Cuando se acerca á un niño.
 Nadie me lo ha contado,
 Pues mil veces lo he visto
 Sin ir lejos; la prueba
 La tengo yo en mí mismo.
 Señor, ¡por qué negarlo?
 Soy seco y desabrido;
 Tanto, que á muchas gentes
 Con mi insulsez fastidioso.
 Sin embargo, en mi pecho
 Cuánto amor á los niños
 Encendiste y fomentas
 Con tu seplio divino!

No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niño.

Paz nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.

Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo,
Pintores y poetas
En forma de unos niños.

Y á ellos mismos los damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.

Ni la muger conoce
El que abriga escondido,
Tesoro de ternura,
Hasta que tiene un niño.

Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recién nacido.

Los dolores del parto
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice
Y los echa en olvido.

Tú, Señor, tú le has dado
Un anhelo tan vivo
De consagrarse entera
Al bienestar del niño.

Tú haces hervir su pecho
En néctar esquisito,
Que dulcemente fluya
A la boca del niño:

Néctar del todo ageno
Al humano artificio,
Que vivifica y nutre
Y calla el ay del niño.

El grande sacramento
Que santo el amor hizo,
Lo instituíste sábio
Para bien de los niños.

¡Ellos son la corona
De los esposos finos,
Ellos el dulce blanco
De sus tiernos suspiros!

Ay! los tristes casados
Que carecen de niños,
Sienten dentro del alma
Un inmenso vacío.

Ay! si teme la esposa
El furor del marido,
¡Cuánto, cuánto le duele
El no tener un niño!

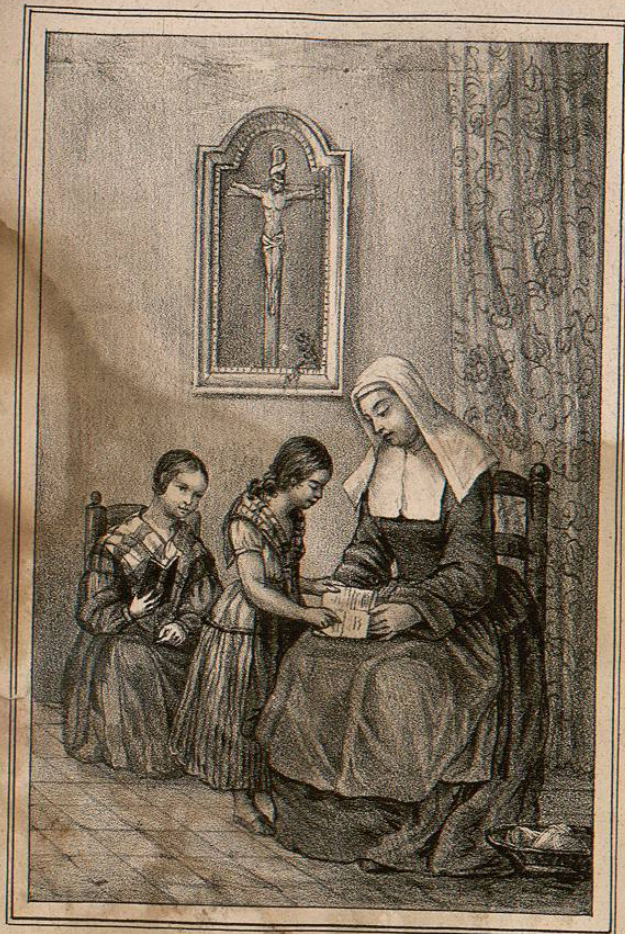
Ay! ve que en otras dichosas
El varonil rugido
Acalla, colocando
Entre los dos al niño.

Hasta la misma muerte
Le envidia al infantillo,
Pues volar á tu seno
Es la muerte del niño.

¡Oh Dios, si yo pudiera
Por medio de un prodigio,
Aunque es cosa maudita,
Volverme otra vez niño!

Mas lo que yo no puedo
Tú lo hiciste, Dios mío,
Por robarnos el alma
Con las gracias del niño.

¿Dónde hay mayor delicia
Que verte pequeñito
En brazos de tu Madre,
O gracioso Dios niño?



VISITA PRIMERA.

EXISTENCIA DE DIOS.

Un Dios oculto es el que creer debemos ;
¡Pero qué de testigos no tenemos
Que de este Dios oculto
Nos anuncian la gloria y te dan culto!
Respóndanme los cielos y la tierra,
Y cuanto el orbe en su estension encierra.
Estrellas refulgentes y sin cuento,
¡Quién así os suspendió en el firmamento?
¡Quién, noche silenciosa,
Te dió el velo que te hace mas hermosa!
¡Oh, qué de magestad! ¡qué de grandeza!
¡Y cuál de sábia mano la destreza
Se echa de ver, que libre en cuanto ha obrado
Globos de luz cual polvo ha derramado!
Tú, antorcha celestial, de quien la aurora
Es grata precursora,
Astro siempre inmortal y siempre nuevo,
¡Por mandato de quién mirarte debo,
Me vuelves cada dia exactamente
La luz que me ocultaste en tu Occidente?
Y tú, cuya altivez amaga al mundo,
¡Quién, oh mar, te sujeta en el profundo
Abismo, del que en vano
Piensa librarse á tu furor insano?

Llegas bramando, y en la leve arena
 Tu ira cual en un muro se refrena.
 Sosiega, pues, ó ejerce tu venganza
 En el mortal que intrépido se lanza
 A tu seno falaz, de oro sediento,
 Y osa insultar á tu poder violento.
 Te entumeces, te enojas,
 La débil nave como pluma arrojas,
 Y en mortal parasismo,
 Se abre tu hórrido abismo;
 Y al mirar el bagel hendido y roto,
 ¡A quién envía, oh mar, el triste voto!
 Al cielo, solo al cielo
 De infelicea consuelo:
 Que en el riesgo eminente,
 Franca naturaleza y elocuenta,
 Siempre las manos y la voz dirige
 A quien el orbe como dueño rige.
 Tributo fiel de un pecho amedrentado
 Al Dios que hasta aquel punto hubo olvidado.

Directora. Buenos dias, niñas, ¿cómo siguen vds?

Niñas. Todas sin novedad, á disposicion de vd., señorita.

Directora. Yo me alegro mucho, y mas me hubiera alegrado si hubiesen vds. añadido al *sin novedad*, un *gracias á Dios*.

Pepita. Me dijo una amiguita el otro dia que ya no se decia eso.

Directora. Hija mia, entre libertinos, es verdad que ya ha desaparecido ese lenguaje; pero entre

cristianos debe conservarse. Si posible fuera, deberiamos dar á Dios gracias cada vez que respiramos; pero ya que esto no es tan fácil, deberemos hacerlo cuando recibamos alguno de los principales beneficios, como buena salud, antes y despues de tomar alimento, al levantarnos por la mañana, y al recogerarnos por la noche &c.

Doloritas. Mi madre nos hace dar gracias cuando comemos.

Directora. Hace bien, y los que así no lo hacen, se parecen á los animalitos, que reciben el alimento sin levantar jamas la vista á quien se le reparte.

Carmelita. Tambien mi mamá me lleva á mí con mis hermanitos á misa para darle gracias á Dios porque hemos pasado buena noche, y para pedirle nos libre de mal todo aquel dia.

Directora. Eso ya se lo tengo dicho á vds. muchas veces, que no vengan á la Amiga sin haber asistido antes al santo sacrificio con mucha devocion, atencion y respeto.

Carmelita. Y antes de acostarnos hace que recemos el rosario.

Directora. Toda niña educada cristianamente debe hacer lo mismo, empezando el dia con Cristo, y concluyéndole con su santísima Madre. Si

todos observásemos tan santa costumbre, no experimentaríamos tantos males y desgracias como suelen sucedernos. Y dime, Carmelita, ¿cómo le rezas?

Carmelita. Poniéndome de rodillas, con las manos cruzadas, delante de nuestra Señora, y mi mamá detrás de nosotras para que no juguemos ni nos durmamos: y lo mismo cuando estamos en misa, para que no miremos á otra parte. Si no podemos estar de rodillas toda la misa, nos pone desde el *Sanctus* hasta que consume el sacerdote, y siempre que se vuelve á nosotras, y al *Evangelio* y al *Incarnatus*: y no quiere que váyamos á la iglesia con flores en la cabeza y sin rebozo ni escotadas.

Inocencia. Señorita, el otro dia en la iglesia un perro hizo un pecado muy gordo: tambien le vió la negrita, ¿es verdad?

Negrita. Si; que estuvo oliendo y emporcando los manteles del altar.

Directora. No tienen la culpa los animalitos, sino los que los llevan consigo á los templos: yo misma he visto aun cosas peores, que no quiero decir á vds. Todo consiste en la falta de instruccion, la ninguna idea que tienen algunos cristianos de la religion que profesan y el respeto que se

debe á tan sagrado lugar, especialmente á los altares, donde se celebra el mayor de todos los misterios; si no fuese así, ¿cómo habíamos de ver servir de ellos para apoyarse, poner el sombrero y otras insolencias?

Maestra. Ya se les ha hablado sobre todo eso, para que se abstengan de cometer tales irreverencias: tambien está prevenido que no se sienten sobre las tarimas de los altares, por estar á nosotras prohibido, ni en los bancos donde se sientan los hombres: cosa indecentísima.

Purificacion. ¿Es verdad que tambien es malo escupir en la iglesia, señorita?

Directora. No es nada bueno: si nos abstenemos de hacerlo en nuestras habitaciones, ¿cuánto mas en el templo que debe ser el sitio mas limpio y aseado de todos! Aunque no fuera mas que por nuestra propia conveniencia deberíamos tener mucho cuidado en esto.

Severa. El otro dia me llené yo el túnico de porqueria, cuando estuvimos en la *Profesa*, y aseguro á vd. que es una de las iglesias mas aseadas de México: como hubiera cogido al que echó allí aquella plasta, con la lengua la habia de haber limpiado.

Purificacion. Vaya... me da á mí tanto gus-

to cuando veo la iglesia barridita, y que no hay cosa que manche ni huela mal.

Rosita. Y dígame vd., señorita, si vd. gusta, ¿y será malo correr por el templo?

Directora. Malísimo, hija mía; y vds. como todo cristiano, deben guardarse muy bien de incurrir en semejante desacato.

Rosalía. Pues hasta ahora que ha dicho vd. esto, si viera vd., señorita, que enfadada estaba yo con el sacristan de mi parroquia, y le llamaba el regañon, porque tambien regañó á un muchacho que andaba de carrerilla por la iglesia.

Directora. Hizo su deber: así todos hicieran lo mismo, procurando la reverencia que se debé al templo.

Severa. Eso sí que me enfada á mí; no puedo ver á los monaguillos por andar tan de prisa y casi corriendo por la iglesia; como fueran algo mio, yo me los cumpusiera. ¡Cuidado con los monaguillos!

Directora. ¡No solo son los monaguillos! ¡Otros sin ser monaguillos y aun mas que monaguillos! Debemos pedir mucho á Dios por los que tan mal le tratan. Esto es lo mismo que ir á maltratar en su propia casa al juez que ha de sentenciar nuestro pleito en el punto mas interesante y terrible,

cual es el de nuestra salvacion ó condenacion eterna.

Severa. ¿Para qué irán á la iglesia?

Inocencia. ¡Pobrecito Dios! ¡cuánto le hacemos aguantar!

Directora. Dices bien, hija mia, muy pobre fuera si necesitara para sí de nuestras adoraciones y acciones de gracias; todo es ingratitud y mala correspondencia.

Inocencia. ¡Nadie saca la cara por él!

Directora. Pocos son seguramente los que así lo hacen, y menos los que reprenden tantas insolencias y malos tratamientos como allí y en todas partes se cometen. Dice bien la Inocencia, ¡pobrecito Dios! ó por mejor decir, ¡pobrecitos de nosotros si seguimos en tanta maldad!

Pia. ¡Qué lástima, señorita; me dan á mí unas ganas de llorar tan grandes, de que veo son tan malos, y se condenan tantísimos que podían ir á la gloria si quisieran, como los que son buenos!

Directora. ¡Cuántos gentiles serian mejores si hubieran tenido la dicha de nacer entre cristianos!

Severa. ¡Qué tormentos han de sufrir en los infiernos por tan malos que son!

Maestra. Son mas de lo que parece, y hacen mas daño de lo que pueden vds. imaginarse: ten-

go entendido que el principal impedimento que tienen para no convertirse los incrédulos, protestantes y los de otras sectas que vienen á vivir entre nosotros, consiste en la conducta escandalosa que observan en tantos malos cristianos.

Pia. Ya se ve que si después que le costó tanto á Dios para que no nos condenásemos, y tanto como hace para que váyamos á la gloria, todavía quieren mas condenarse que salvarse.

Maestra. Parece imposible, hijas mías, y no pudiera creerse, si no se viera.

Esperanza. Pero señorita, ellos se enmendarán y se harán buenos, y entonces Dios les perdonará.

Directora. Hágalo por su infinita misericordia.

Teodora. Estaba yo el domingo con aquel caballero que vino á vernos en los días de pascua, y de que oyó decir á unos hombres unas cosas muy malas, empezó á rezar una oracion muy bonita, y me la enseñó á mí para que la dijera cuando las oyera.

Jesusita. ¿Y cómo era? Vaya, dígala vd.

Teodora. Os adoro, Dios mio, os alabo y os bendigo á nombre de todas las criaturas que ha habido, hay y habrá; y siento cuanto se os ha ofendido, se os ofende, y se os ofenderá.

Inocencia. Yo tambien sé otra muy bonita: me permite vd. que la diga, señorita?

Directora. Con mucho gusto, dígala vd.

Inocencia. Dulce corazon de mi Jesus, haced que yo os ame siempre (1).

Directora. Muy bien: si supieran vds. cuánto se gana con decir estas palabras de todo corazon, no dejarian de repetirlas á todas horas.

Jesusita. Mi mamá nos dice que cuando oigamos alguna palabra mala, digamos nosotras, *Ave María Purísima*: de suerte que la oiga el que la dijo.

Directora. Ese es un modo muy fino de reprender á los escandalosos, y muy propio de la edad de vds.

Carmelita. Tambien mi mamá nos enseña muchas cositas así, para cuando nos acostemos y levantemos, y las decimos mis hermanitos y yo.

(1) Pio VII, en su Rescripto de 26 de Septiembre de 1817 concede á todos los fieles cristianos que rezaren devotamente una vez al dia en honor del Sagrado Corazon de Jesus, el Padre Nuestro, Ave María, y el Credo con la dicha jaculatoria, dos indulgencias plenarias, una en el primer viernes ó en el primer domingo del mes, y la otra en cualquier dia del mes que uno tuviere á bien elegir, confesando y comulgando en dichos dias, y rogando á Dios segun la intencion del Sumo Pontífice. Vease la *Racolla di orationi é preghiere per le quali sono state concedute dai Sommi Pontefici le S. Indulgenze*. Impr. de Roma. 1834.

Directora. Me alegro mucho que lo haga vd. así, y mucho mas de que tenga vd. unos padres tan buenos. Este es otro beneficio grandísimo que les ha hecho Dios, por el que debe vd. darle continuas gracias, pidiendo mucho por ellos. Pero diga vd., criatura, ¿no la tengo dicho á vd. que no se meta los dedos en la boca, y mucho menos en las narices, cuando esté hablando con alguna persona?

Maestra. Señorita, se lo tengo advertido muchas veces, como el que se corten las uñas, se laven las manos, estén con modestia, y cuanto conduce á formar unas niñas apreciables por su figura.

Directora. Haga vd. que compren y repartan entre ellas el librito que dió á luz el señor Escoiquiz, sobre las obligaciones del hombre, libro apreciable, y que nada deja que desear sobre estos particulares.

Maestra. Está ya encargado, señorita; supongo que las mas de ellas lo tienen.

Directora. ¿Tienen tambien todas el librito de las Meditaciones de la Pasion, sacadas de lo preciso para una costura?

Maestra. Sí señora, con encargo especial de que aprendan las coplitas de memoria.

Pepita. Señorita, yo me sé una que me gustó mucho.

Directora. Vamos á ver, dígala vd.

Pepita. Clavo los alfileres,
Y al clavarlos contemplo
Que á tus piés y á tus manos
Tiranamente hirieron.

Directora. Está muy bien dicha: es preciso que aprenda vd. todas las demas para pensar cosas tan buenas cuando se está en la labor. ¿Qué librito de pasta es ese que tiene la Gertrudis?

Gertrudis. Señorita, es el *Compendio de la Religión*, que nos han mandado traer.

Directora. ¡Ay, hija mia, cuánto sabría vd. si lo supiese de memoria! Pero ya que no pueda ser esto, no se canse de leerlo muchas veces; yo le aseguro que pocos hechos y pasages de la sagrada Escritura la cogerán de nuevo si así lo hace. ¡Y ese otro que tiene la Carlota, es lo mismo?

Carlota. No señorita: este se llama las *Conversaciones familiares*.

Directora. Sí, sí, el de madama Beaumont, traducido á nuestro idioma. Este le ha de leer vd. mucho á las niñas de Tacubaya cuando vaya allá con sus padres en la primavera.

Carmelita. Los dias pasados que estuvimos en San Agustin de las Cuevas, le leia por las tardes á mis amiguitas, y si viera vd., señorita, cuánto se reian con él!

Directora. No lo dudo, hija mia, y tanta ó mas seria la utilidad que la risa, porque supo mezclar la autora, en cuanto cabe, lo útil con lo dulce para toda clase de personas.

Prudencia. Señorita, yo tengo aquí uno muy bonito que ayer me regaló una amiguita mia, y me dijo mi mamá grande que se lo enseñara á la señora directora.

Directora. Traígalo vd. acá, veremos cómo se llama y las materias que toca.

Prudencia. Se llama el *Judio Errante*.

Directora. Hija mia, ¡este libro. . . ! este libro es muy malo; es de lo peor que se ha escrito; está lleno de errores, contiene blasfemias, máximas las mas inmorales, desprecia la religion y sus ministros. . . . basta con decir á vd. que está condenado por algunos prelados de la Francia, en donde vió la primera luz. Si no quiere vd. perder el pudor y la conciencia, quémelo vd. luego en llegando á casa.

Prudencia. Sí señorita, se quemará.

Inocencia. Yo quiero ir á encender la hoguera

con los *Misterios de Paris*, que tambien dicen ser del mismo autor.

Directora. Hará vd. muy bien, hija mia; ese es un libro de taberna en donde nada bueno se aprende, y sí mucho malo.

Higinia. Y allá llevo yo, señorita, si vd. me lo permite, el *Emilio*, el *Llorente*, las *Cartas de Villanueva*, las *Ruinas de Palmira* y otros papeiones que mi hermanito compró en un baratillo del Portal de las Flores.

Directora. Grandemente: todos esos libros deben ir á las llamas, pues no pueden leerse sin peligro de seduccion y sin contravenir á las leyes mas justas de la Iglesia, que prohiben su lectura y aun su retencion cuando no se tuviese licencia para ello.

Teodora. ¿Y este tambien es malo, señorita?

Directora. ¿Cómo se llama? lea vd. la primera hoja.

Teodora. Armonía de la razon y la Religion, ó respuestas filosóficas á los argumentos de los incrédulos, por el padre D. Teodoro Almeida.

Directora. Todo lo contrario que los anteriores; lo que aquellos tienen de malo, tiene este de bueno. Ahí verá vd. bien clarito todo cuanto se necesita para formar una niña bien instruida en

materia de religion. Cuidado, niñas, que se hagan vds. todas con este librito, aunque se quiten del sustento para comprarle.

Niñas. ¿Cómo se llama?

Directora. *Armonía de la razon y de la Religion, por el padre Almeida.*

Niñas. Bien, bien, señorita; está muy bien: procuraremos hacernos con él.

Mamesa. Señorita, un padrecito me encargó mucho que comprara un librito que es utilísimo á las niñas.

Directora. ¿Se acuerda vd. cómo se titula?

Mamesa. Sí señorita: *La Religion demostrada, al alcance de los niños.*

Directora. Es un libro de oro; no deje vd. de comprarlo: su autor es el Dr. D. Jaime Balmes, eclesiástico bien conocido por sus escritos en defensa de la religion. Su obra sobre el *Protestantismo* basta para immortalizar su nombre: cómprelo vd., y quisiera que todas vds. lo compraran y leyeran.

Niñas. Quedará vd. servida, señorita: lo compraremos y leeremos, y haremos que lo lean tambien nuestras amigas.

Directora. A mas de estos, lean vds. las Fábulas de Samaniego, las Lecciones escogidas, las Máximas y Proverbios, el Amigo y el Almacen de

los niños. . . . con otros muchos tan precisos como preciosos para todas vds. Dos cosas son en las que han de tener el mayor cuidado: en saber los libros que han de leer, y las personas con quienes han de tratar; siempre se ha dicho, y es ciertísimo: *dime con quien andas y te diré quien eres.* Y si esto sucede respecto á las buenas ó malas compañías, ¿qué sucederá con respecto á los libros, que son una compañía continua!

Maestra. Eso mismo manifestaban los antiguos en su falso dios Canopo, que era uno de los de la gentilidad, y en que representaban la niñez cuando le figuraban en un gran frasco de vidrio, revestido de esparto, con unas grandes orejas por donde le llenaban de buen licor.

Inocencia. ¿Y para qué le pintaban así?

Maestra. Para manifestar el cuidado que se ha de tener en que las niñas no tropiecen con malas compañías que las hagan daño; y el muy particular, en decirlas y leerlas cosas buenas, para que se llenen y siempre huelan á la sana doctrina que por los oídos les entró.

Justa. Dice mi madre grande que todas olemos á la leche que mamamos. ¿Es verdad, señorita?

Maestra. Así es ciertamente; porque así como las vasijas siempre huelen, ó con dificultad se les